



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 15432

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero: Un mes, 3 ptas.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 28 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Crónica social

Una estadística satisfactoria

Se acaba de publicar por el Ministerio de Industria y Comercio prusiano una Memoria referente á las instituciones que en favor de los obreros están establecidas en las minas y salinas del Estado. Se ha procurado, á juzgar por los datos que la referida Memoria contiene, desarrollar en primer término las instituciones de previsión y ahorro, fundándose, al efecto, cajas de socorro, de préstamo y de ahorros, en las que la mutualidad hace su oficio consis-tiendo que los obreros se ayuden á sí mismos. Funcionan en el Estado prusiano 20 cajas obreras, con un capital de 35.000 marcos, y 14 instituciones de previsión con 99.000.

Las pensiones y socorros concedidos por estas cajas hasta la fecha ascienden á 32.000 marcos, habiéndose repartido además á los obreros, en concepto de socorros y por cuenta del Estado 79.000 marcos.

Para educación, enseñanza y recreo funcionan 15 escuelas primarias, á las que asisten 1.980 alumnos; 61 escuelas para niños, en las que reciben educación unos 3.500 y 17 escuelas de enseñanza doméstica, con más de 1.000 alumnos.

Los obreros del Estado tienen también á su disposición 37 bibliotecas, con unos 4.000 volúmenes, en las que se prestan, por término medio, al año 36.000 libros.

Se han construido 8.636 casas, con 18.862 habitaciones para trabajadores, procurando que sean ellos y no el Estado quien las edifique, lo que se consigue haciendo el Gobierno prusiano préstamos y concediendo primas, sistema que ha dado, excelentes resultados, como que ha dado, muy gravoso al presupuesto.

Además en las obras del Estado hay 30 casas de dormir, con 5.000 camas,

establecidas, en su mayoría, en Saar-brücken.

No faltan los baños, de los que hay 68 establecimientos, y á los que asisten, si la referida Memoria oficial no exagera, unos 35.000 trabajadores; ni tampoco instalaciones para prestar los primeros auxilios en caso de accidentes, procurándose también observar las medidas de higiene destinadas á evitar las enfermedades profesionales.

Funcionan 12 comedores y 46 cocinas para la alimentación de los obreros, á los que se les facilita también suplementos de salario ó se les venden productos comprados al por mayor, consiguiendo con ello la bondad del género por poco coste, fin á que cooperan también 23 Sociedades de consumo.

Claro es que toda esta labor no se ha hecho con poco gasto, que la misma Memoria á que hacemos referencia valúa en 16.700.000 marcos, y en 61.200 los de conservación al año; pero todo ello tiene la ventaja, aparte de los beneficios que reporta, de la fuerza que para imitación por las Empresas industriales tienen indudablemente los ejemplos del Estado.

PLAGAS

Las plagas rústicas y urbanas

Con tanto hablar de las huelgas, de los terremotos y de las tribulaciones del Zar, hemos olvidado á los pobres labradores que ponen el grito en el cielo por la excelente cosecha que han tenido este año.

Esa buena gente rústica es admirable, y tan acostumbrada está á pasar lo mal, que el estar bien la enoja; y se queja cuando hay sequía porque los campos se agotan, y cuando llueve, porque las semillas se pudren; y cuando la cosecha es mala, porque no le alcanzan los ingresos para cubrir los gastos.

Otros años ha habido que importar trigo extranjero para las necesidades del consumo, saliendo de España, sólo por este concepto, más de doscientos millones de pesetas.

Este año en vez de importar hay que exportar, porque después de cubiertas las necesidades del consumo nos sobran unos doce millones de quintales métricos de trigo.

Pero no hemos contado con la huésped, y esa huésped es la deprecia-ción de los granos. ¡Por vida de los granos! Las ventas son escasas ó nulas y los precios ruinosos. Es triste de veras eso de tener en las trojes grandes cantidades de trigo y no poderlo vender, tener los graneros atestados y no disponer de dinero.

Esa es la queja de los sencillos labradores, que claman al cielo porque no encuentran quien les preste dinero sino en condiciones usurarias. Los pobrecillos viven al día, faltos de capital y de resistencia para salir á flote... reañegan de su estrella.

¡Pícara cosecha! Si no hubiese sido abundante, los acaparadores y negociantes no hubiesen bajado los precios, y la infeliz gente del campo tendría «trigo largo» como se dice vulgarmente; pero no hay escape, ó se vende el grano por cuatro cuartos ó hay que pasar por las horcas caudinas de los usureros.

La verdad es, que no se comprende cómo subsiste esta plaga. La de los mosquitos de trompetilla se combate con ciertos menjurjes balsámicos; la de los chuchos sin amo con la benéfica institución de los laceros y con la morcilla municipal.

La plaga de los usureros, que es la más ruinosa, más común y en el campo, por mar y por tierra, en todas las clases sociales, arriba, abajo y en medio, no hay medio de combatirla. Riámonos del peligro amarillo, y del conflicto negro y aun de la invasión de los plétes rojas; aquí el enemigo es el usurero, más destructor que la langosta y la filoxera.

¿De qué sirve tener buena cosecha este año si con sus fauces insaciables amenaza devorarla el odioso usurero? ¡Vaya un problema para los sociólogos! Y que mientras no se resuelva ni bajará el pan, ni subirán los pobres labradores, ni se suprimirán los de-cuentos, ni seremos felices.

La única ventaja que tienen los po-bre-citos campesinos es que á ellos todo el mundo les tiene lástima. Esclavos del terruño, están considerados

como víctimas de la inclemencia del cielo y de las ingraticudes de la tierra; mientras que los empleados, los militares y los obreros fabriles trabajan bajo techados... ¡Y sin cosecha buena ni mala!

Abel Imari.

DESDE FERROL

Experiencias de torpedos

(POR CORREO)

De nuestro Corresponsal Sr. Larraga

En la ensenada de Malo se han verificado las explosiones de las minas submarinas que sirvieron de experiencia en el curso práctico del año actual.

Antes de comenzarla, se le dió fuego desde una embarcación y por medio del explosor á tres contraminas situa-das á la distancia mínima á que se supone pueda acercarse el enemigo con el fin de destruir los torpedos de las líneas de defensa.

Inmediatamente después, se dió fuego al torpedo más interior de la canal y sucesivamente á los dos de la defen-sa avanzada.

Las explosiones, no obstante el tiempo que llevaban fondeadas las minas y ser éstas improvisadas por el personal del Venadito, fueron comple-tas y de un efecto estético maravilloso, proporcionando un buen día de pes-ca, sin fatiga, á los innumerables pes-cadores de profesión y aficionados, que concurrieron al lugar de la experi-encia.

Lástima grande fué que los chubas-cos del NO. impidiesen al numeroso público que á pie y embarcado acu-dió á presenciar el hermoso espectá-culo, disfrutar de la esplendidez del panorama y les obligase á retornar á Ferrol sin poder gozar del entretenido espectáculo de ver recoger los peces, que flotaban en las aguas de nuestra hermosa ría.

Damos la enhorabuena al personal de la Brigada por la acertada disposi-ción de las maniobras, y á la par las gracias por las consideraciones que de su parte hemos recibido.

Las notables experiencias fueron

presenciadas desde el remolcador An-telo por muchos jefes y oficiales de la Marina y del Ejército.

En el torpedero Habana fueron el Capitán general accidental del Depar-tamento, Sr. Bastarrache, el Inspector de Infantería de Marina, Sr. Díaz del Río, el Gobernador militar de la Pla-za, Sr. Martín González, y el Jefe de Estado Mayor, Sr. Barrosa.

Larraga.

Literatos extranjeros

Musset, burócrata

Los periódicos franceses, amigos siempre de exhumar recuerdos de los hombres de que, con justo título, se enorgullece su país—siquiera esos re-cuerdos sean en ocasiones poco hala-güeños para el interesado—comen-tando las severidades administrativas de M. Clemenceau en el ministerio del Interior, resucitan una historia curiosa: la de cierto destino burocrático que disfrutó Musset.

Tienen los periodistas parisienses, y la aprovechan á conciencia, una inagotable fuente de anécdotas de Musset; su vieja ama de llaves, Adela Collin, que aún vive y que no se hace de rogar para referir intimidades de la vida del poeta.

Y una vez más, á ella se deben los interesantes detalles de este episo-dio:

En 1838, Alfredo de Musset pensó que una colocación cualquiera le ven-dría muy bien.

Era ya célebre como poeta y como autor dramático; sus «Cuentos y No-velas» habían tenido excelente acogi-da, pero derrochaba en prodigalidad su dinero, y ni el producto de sus trabajos ni la pensión que recibía le bastaban.

Un empleo remunerador y de poco trabajo era su sueño.

Envió á su antiguo condiscípulo el duque de Orleans; éste recomendó-le calurosamente y no tardó el poeta en recibir una credencial de conser-vador de la biblioteca, la colección de medallas y el depósito de libros del ministerio del Interior, con el sueldo de 3.000 francos anuales.

Musset quedó á su amigo agradeci-

—¡Hola! abuelo, ¿todavía no me quieres? Será porque estoy tan viejo como tú.

—¿Y Leo?—preguntó María á Tránsito.—¿por qué no quiso acompañarme?

—Si es tan flojo que soy, ¿tan «montana»?

—Para Efraín dice que non él se es así.—le observó Emma.

—Tránsito aún antes de responder:

—Con el señor es menos vergonzoso. Porque, como va tanto cosas allá, le ha ido perdiendo el miedo.

—Tratamos de saber el día en que hubiera de efectuarse el matrimonio. José, para sacar de apuros á su hija, con-testó:

—Queremos que sea de hoy en ocho días. Si está bien pensado, lo hacemos así: en casa madrugaremos mucho, y no parando llegaremos al pueblo cuando asome el sol;

luchémosle al lado de aquí á las cinco; nos alcanzará lle-gando; y como el señor era lo tendrá todo listo; nos des-pediremos rápidamente; él se va con el coche de estas, y las muchachas se quedan en casa, y el domingo como

había de ir á la iglesia, que cuando nos haído una vi-sita y entonces cada uno se va á su casa. Le parecí-

—concluyó dirigiéndose á mí.

—Si; pero ¡iré á pie Tránsito al pueblo!

Pregunté por Braulio á Tránsito.

—Se quedó aprovechado el buen sol para la revuelca (1). ¿Y la Virgen de la alita?

Tránsito acostumbraba á preguntarnos así por María desde que cayó en cuenta de la notable semejanza entre el rostro de su futura madrina y el de una bella Madonna del oratorio de mi madre.

—La viva está buena y esperándote.—la respondí.—la pintada, llena de rosas y alumbrada para que te haga muy feliz.

Así que nos acercamos á la casa, María y Emma salie-ron á recibir á Tránsito, á la cual dijeron, entre otros cariñosos, que estaba muy buena moza, y era cierto, pues la felicidad le embellecía.

—Me recibí, apurarme en mano, los cariñosos saludos de sus señoritas; y zafándose la gambúa que traía á la espalda llena de legumbres para regalo, entró con nos-otros, invitada por mí, al apartamento de mi madre. A su paso por el salón, María me miró bajo una de las me-dallas, la cual, como ya dije, le dije riendo:

(1) Dasyerba.

—Cuidado, niño, con equivocarse.

María se sonrojó, viéndome con todo el disimulo que era necesario, para que mi padre no lo notase, en el espejo de su mesa de baño, que tenía al frente.

—Pues cuando yo tenía veinte años,—prosiguió,—es decir, cuando me casé, acostumbraba bañarme la cabeza todos los días con agua de Colonia. Qué disparate, ¿no?

—Y todavía,—observó ella.

Mi padre rió con aquella risa harmónica y sonora que acostumbraba.

Yo leí el final de la frase escrita, y él, dictada otra, continuó su diálogo con María.

—¿Está ya?

—Creo que sí; ¿no?—añadió consultándome.

Cuando María se inclinó á sacudir los resortes de ca-ballos que habían caído sobre el cuello de mi padre, la rosa que ella llevaba en una de las trenzas le cayó á él á los pies. ¡Ba ella á alzarla, pero mi padre la había to-mado ya. María volvió á ocupar su puesto tras de la si-lla, y él la dijo después de verse en el espejo detenida-mente:

—Yo te la pondré ahora donde estaba, para recompen-sarte lo bien que lo has hecho.